

La Iglesia (Asamblea): Una perla de gran valor

Arend REMMERS

biblicom.org

Índice

0 - Prólogo	3
1 - La Iglesia en el Evangelio según Mateo	4
2 - La perla de gran valor	6
3 - Su valor para Cristo	6
4 - Su valor para Dios	8
5 - ¿Y cuál es su valor para nosotros?	9

Traducido de «*Le Messenger Évangélique*», año 2025, página 23

0 - Prólogo

La Iglesia es lo más precioso que Dios haya preparado jamás para sí mismo en la tierra. Nunca creará nada más precioso. Por eso no es de extrañar que Satanás haya intentado destruirla desde el principio, a pesar de saber que «las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» ([Mat. 16:18](#); comp. con [Gál. 1:13](#)).

La Iglesia de Dios comprende a todos los que creen en el Señor Jesús en la época actual. Es en ella donde se revela la naturaleza de Dios:

- El amor: «Cristo amó a la Iglesia» ([Efe. 5:25](#)).
- La luz: «un templo santo en el Señor» ([Efe. 2:21](#)).
- La unidad: «[Hay] un [solo] Cuerpo» ([Efe. 4:4](#)).

Existen muchos tipos de la Iglesia en el Antiguo Testamento (por ejemplo, Eva, Rebeca, el templo de Jerusalén...), pero no hay ninguna profecía sobre ella. En cuanto a su íntima unión con Cristo, era un «misterio escondido desde los siglos en Dios». El misterio “Cristo y la Iglesia” solo fue revelado en toda su amplitud a los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento (comp. con [Efe. 3:1-11](#)).

Es en la Iglesia de Dios, unida por el Espíritu Santo a Jesucristo, el hombre glorificado, donde se expresa la posición de comunión más elevada y gloriosa para los hombres redimidos. Es en ella donde Dios revela «las inescrutables riquezas de Cristo» ([Efe. 3:8](#)):

- Como su Cuerpo, es eternamente la «plenitud del que todo lo llena en todos» ([Efe. 1:23](#)).
- En la nueva creación, adoptará eternamente la forma de la «nueva Jerusalén... como una novia engalanada para su esposo... el tabernáculo de Dios está con los hombres» ([Apoc. 21:2-3](#)).

1 - La Iglesia en el Evangelio según Mateo

Según nos ha sido transmitido, el Señor Jesús habló 3 veces de su Iglesia durante su vida en la tierra. Es precisamente en el Evangelio que se dirige en primer lugar a los judíos y les presenta al Hijo de Dios como el ungido (Mesías/Cristo) y el rey de Israel donde se encuentran estos 3 pasajes ([Mat. 13:45-46](#); [16:18](#); [18:17](#)). Sin embargo, los judíos rechazaron y dieron muerte a aquel que cumplió las profecías del Antiguo Testamento ([Hec. 3:15](#); [5:30](#)). ¿Quedaron así reducidas a la nada las profecías relativas a la gloria del Mesías y a su reino? En absoluto. Su cumplimiento se ha aplazado a una época posterior.

El terrible rechazo del Mesías por parte de su pueblo, Israel, fue la ocasión para que Dios revelara un plan eterno infinitamente más elevado. Por su muerte, el Señor Jesús fue eliminado como Mesías y ya no tiene nada ([Dan. 9:26](#)). Pero su sangre derramada en la cruz no es solo la garantía de la futura y perfecta realización del reino de Dios. Constituye también el fundamento de la formación de la Iglesia mediante la salvación de personas de todas las naciones que acuden a ella ([Hec. 20:28](#); [Efe. 1:7](#)). Sin duda, esta es la razón por la que es precisamente el Evangelio según San Mateo el que menciona a la Iglesia. ¡Cuánta grandeza y gracia de Dios se revelan en él! La aparente derrota del rey de Israel es el camino que conduce a la revelación y a la realización de la Iglesia de Dios.

El punto de inflexión se describe en [Mateo 12](#) y [13](#). En el capítulo 12, vemos el rechazo total de Cristo por parte de los líderes del pueblo, que atribuyen sus obras al diablo. En el capítulo 13, el Señor sale primero de la casa y se dirige a la orilla del mar. Allí vemos de manera simbólica cómo abandona a su pueblo y se vuelve hacia las naciones. A continuación, pronuncia las 7 parábolas que tratan del reino de Dios, o del reino de los cielos ([Mat. 18:23-24](#); [Marcos 4:11](#); [Lucas 8:10](#)). Cuando los discípulos le preguntan por qué habla en parábolas, él responde: «Porque a vosotros ha sido dado el conocer los misterios del reino de los cielos; pero a ellos no se les ha sido dado» ([Mat. 13:11](#)). Sus parábolas no solo servían para recordar y comprender mejor sus palabras, sino que también tenían por objeto separar el trigo de la cizaña. Aquellos que se mostraban indiferentes ante el Mesías, así como los que lo rechazaban, no entenderían nada. En cambio, aquellos que, como sus discípulos, escuchaban sus palabras con un interés suscitado por una fe viva, aprendían más sobre los misterios del reino de los cielos.

¿Qué hay que entender por «los misterios del reino de los cielos»? Ni el reino en sí, que había sido descrito por los profetas del Antiguo Testamento, ni el rechazo del

rey eran misterios. Su muerte había sido anunciada en varias ocasiones (comp. con [Is. 53:8](#); [Dan. 9:26](#); [Zac. 13:7](#)). Lo que no se había revelado hasta entonces era que, tras el rechazo del Mesías, el reino tomaría otro rumbo. El reino de Cristo ya había llegado con su primera venida a la tierra ([Mat. 12:28](#); [Lucas 17:21](#)). Posteriormente, se vio gravemente afectado por malas influencias durante la ausencia del rey. De esto tratan las 3 primeras parábolas del reino de los cielos de [Mateo 13](#).

Pero la mayoría de los judíos de la época no era la única que desconocía los misterios del reino de los cielos. Aún hoy reina una gran ignorancia al respecto en la cristiandad. Poco después de la partida de los apóstoles, pero sobre todo desde la oficialización del cristianismo por parte de los emperadores romanos en el siglo 4, se ha olvidado lo que decía la Palabra de Dios sobre el desarrollo negativo del reino. Se ha olvidado que los verdaderos hijos del reino de Dios en la época actual son los creyentes que forman la Iglesia de Dios y que, mientras su Señor es rechazado, ellos no reinan, sino que son rechazados con él e incluso deben sufrir. Como consecuencia de la falsificación de la enseñanza bíblica sobre la Iglesia y el reino de Dios, el verdadero carácter de ambos se ha corrompido. La Iglesia y el reino se han asimilado y, finalmente, se han convertido en un único poder en este mundo. Así pues, ha ocurrido exactamente lo que el Señor Jesús había anunciado proféticamente en sus parábolas. Así nació el “Occidente cristiano”, cuyos últimos tiempos estamos viviendo. No debe sorprendernos, por tanto, que, según la enseñanza de las grandes iglesias, en ciertas parábolas de [Mateo 13](#) se lea lo contrario de lo que el Señor Jesús quiso decir. Así, se presenta el grano de mostaza y la levadura como el efecto positivo del Evangelio en el mundo, y la perla de gran valor como una imagen de la salvación de los hombres. Sin embargo, todo esto se opone a la sencilla enseñanza de la Palabra de Dios.

La primera parábola habla de los 4 tipos de terreno y constituye la introducción (v. 1-9, 18-23). A continuación, vienen 3 parábolas del reino de los cielos, que tratan de su ruina, que iba a comenzar muy pronto y a ir en aumento: la cizaña del campo, el grano de mostaza y la levadura (v. 24-33). Después, el Señor entra en la casa y explica a sus discípulos la parábola de la cizaña (v. 36-43).

Las 3 parábolas sobre el tesoro escondido en el campo, la perla de gran valor y la red de pesca (v. 44-50) concluyen la enseñanza. Aquí ya no se trata del desarrollo negativo visible, sino del pensamiento de Dios y del carácter positivo oculto del reino. El tesoro habla del conjunto de los redimidos y de su valor; la perla, del carácter precioso de la Iglesia; y la red muestra que la separación del mal con el fin de preservar el bien caracteriza toda acción de Dios.

2 - La perla de gran valor

En la parábola de la perla de gran valor ([Mat. 13:45-46](#)), el Señor Jesús menciona por primera vez a la Iglesia, pero como un «misterio» y sin nombrarla. Al mismo tiempo, se nos presenta en su belleza única, su valor, su unidad y su importancia para el Hijo de Dios. Esta parábola constituye el núcleo de las enseñanzas sobre el aspecto positivo del reino.

«Además, el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca perlas de calidad; y habiendo encontrado una perla de gran valor, se fue, vendió todo lo que tenía, y la compró» ([Mat. 13:45-46](#)).

Desde siempre, los hombres han apreciado las perlas por su rareza, por la belleza de su nácar iridiscente y por su gran valor (vean [Job 28:18](#)). Esto es lo que también se nos dice del mercader en esta parábola. Vende todos sus bienes para adquirir la perla de gran valor que ha descubierto. A menudo se ha considerado a este comerciante como un pecador que lo da todo para alcanzar la salvación. Pero eso no puede ser así. Ningún pecador puede hacer ni pagar nada por la salvación de su alma. A los ojos de Dios, todos los hombres no solo son «pobres», sino incluso «muertos en vuestros delitos y pecados» ([2 Cor. 8:9](#); [Efe. 2:1](#)). Ningún hombre puede aportar nada a Dios, salvo el peso de sus pecados. Aunque entregara todos sus bienes materiales, el hombre no podría obtener la salvación.

Las perlas se forman en secreto en las profundidades del mar, donde se desarrollan durante un tiempo muy largo. Así, también la Iglesia ha estado oculta en el consejo de Dios desde la eternidad, hasta que fue revelada por la ofrenda de su Hijo en la cruz y por la Palabra de Dios ([Efe. 3:4-11](#)).

El valor de una perla proviene, sobre todo, de su integridad. Una piedra preciosa puede dividirse y tallarse varias veces sin perder su brillo. Una perla no puede dividirse: se destruiría. Su valor depende, por tanto, de su integridad y de su unidad. ¡Qué imagen tan sencilla y, sin embargo, tan maravillosa del valor de la Iglesia a los ojos de Dios!

3 - Su valor para Cristo

El mercader es Cristo. Renunció a todo lo que tenía por la perla, imagen de la Iglesia: su gloria celestial y sus derechos sobre el reino terrenal como Mesías de Israel. Pero

hizo más que eso. El mercader «vendió todo lo que tenía», pero nuestro Redentor, en su amor, «sí mismo se entregó por ella» (Efe. 5:25). Pablo dice de él, el Hijo de Dios, que «me amó... y sí mismo se entregó por mí» (Gál. 2:20). ¡Cuán grande es esto! Y va aún más allá y habla en nombre de todos los redimidos cuando escribe: «Cristo nos amó y sí mismo se entregó por nosotros» (Efe. 5:2). Lo hace en relación con la invitación que se nos hace a todos de andar en el amor. Pero el punto culminante se encuentra sin duda en estas palabras: «Cristo amó a la Iglesia y sí mismo se entregó por ella». El contexto muestra también aquí que esto está muy lejos de la retórica humana. En la Palabra de Dios, de hecho, no hay conceptos teóricos. El amor de Cristo, que trasciende todo pensamiento, debe servir de modelo y criterio para el amor de los maridos creyentes hacia sus esposas.

En definitiva, la entrega de nuestro Señor es insondable. El Hijo de Dios se hizo hombre y sí mismo se ofreció a Dios en toda la grandeza y gloria de su persona. «Sí mismo se despojó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, siendo hallado en figura como un hombre, sí mismo se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte en la cruz» (Fil. 2:7-8). Este es el camino del despojo de sí mismo, del anonadamiento, que nuestro Señor emprendió y siguió hasta el final –hasta su muerte en la cruz. ¿Podría haber un precio más alto que el que pagó el Hijo de Dios al entregar su propia vida de hombre en la tierra?

¡Qué profundo significado encierran las palabras “darse” o “entregarse”! Aparecen en varias ocasiones en la Palabra de Dios en relación con la obra de la redención. El Señor Jesús dijo a sus discípulos, al instituir la Cena del Recuerdo, que daría su cuerpo, que su sangre sería derramada, es decir, que ofrecería su vida por nosotros en la cruz (Lucas 22:19; comp. con Hebr. 10:10; 1 Juan 3:16). Y lo hizo por devoción a Dios y por amor a nosotros: «... Como también Cristo nos amó y sí mismo se entregó a por nosotros, como ofrenda y sacrificio a Dios, de olor fragante» (Efe. 5:2).

No perdamos de vista la diferencia entre el amor de Cristo por nosotros individualmente y por la Iglesia en su conjunto. La Iglesia es más que la suma de los redimidos. Cristo murió por cada uno de nosotros y por todos nosotros, pues éramos pecadores y necesitábamos redención (Gál. 1:4; 2:20). En cambio, la Iglesia como tal nunca se ha perdido. Desde siempre, el Señor la ha visto en su belleza como «una perla de gran valor» y la ha amado. Cuando Pablo, guiado por el Espíritu Santo, dice en Hechos 20:28 que Dios se ha “adquirido” a la Iglesia «con su propia sangre», utiliza una palabra (en griego *peripoieomai*, como en 1 Tim. 3:13) que significa literalmente “proveerse, procurarse”, pero que no tiene el sentido de “redimir, salvar”. La muerte

de Cristo es la base necesaria para la salvación de los pecadores, pero también el fundamento sobre el que se edifica la Iglesia, la cual, aunque existía desde siempre en el diseño de Dios, no había sido revelada hasta que fue “llamada a la vida”.

4 - Su valor para Dios

Dios, el Padre, no solo manifestó su voluntad de entregar a su Hijo, sino que también fue Él quien actuó, pues «no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Rom. 8:32). En el último momento, Abraham no pudo ejecutar el sacrificio sobre su hijo Isaac; como padre, se le ahorró el terrible dolor de tener que sacrificar a su único y amado hijo. Pero Dios no perdonó a su Hijo, quien es eternamente digno de su amor. Lo «entregó por todos nosotros». Se trata aquí del conjunto de los creyentes. En cambio, las palabras «la Iglesia de Dios, la que adquirió con su propia sangre» (Hec. 20:28) se refieren expresamente a la Iglesia.

¿No nos muestra esto el valor que la Iglesia tiene para el Padre? Este valor se expresa en la grandeza infinita del precio que se pagó por ella. El Hijo no podía hacer más que entregarse sí mismo, y el Padre no podía dar nada más precioso que a su Hijo.

¡Qué maravillosa es esta primera enseñanza de nuestro Señor sobre su Iglesia! En ella vemos su belleza y su unidad, pero también todo el valor que Él le concede. Y, sin embargo, aquí aún no se la nombra. No es hasta Mateo 16 cuando anuncia que la edificará. Posteriormente, el valor de la Iglesia se menciona en varias ocasiones en las Epístolas. En el Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento se presenta finalmente como la Nueva Jerusalén, que desciende del cielo de junto a Dios. Sus 12 puertas son «cada puerta era de una sola perla» (Apoc. 21:21). Las entradas y salidas de la Nueva Jerusalén (que es una imagen de la Iglesia como esposa del Cordero) deben servir de recordatorio permanente del carácter precioso de esta «perla de gran valor». En el momento del arrebató de los santos, nuestro Redentor Jesucristo se presentará «a sí mismo la Iglesia gloriosa, que no tenga mancha, ni arruga, ni nada semejante... sino santa e inmaculada» (Efe. 5:27). Como su Cuerpo, será entonces definitivamente «la plenitud del que todo lo llena en todos» (Efe. 1:23).

5 - ¿Y cuál es su valor para nosotros?

¿Qué significan para nosotros hoy los pensamientos y sentimientos de nuestro Salvador y Señor hacia su Iglesia? Si le amamos, ¿no amaremos también a aquella que le es tan preciosa y por la que se entregó? ¿No debemos también nosotros confesar que hemos «dejado nuestro primer amor», tal y como debió de decirse a la iglesia de Éfeso? Prestemos, pues, atención a las palabras que siguen a esta constatación: «¡Recuerda de dónde has caído! Arrepíentete y haz las primeras obras; si no, vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar, a no ser que te arrepientas» (Apoc. 2:4-5).

Pero aceptemos también las palabras de ánimo dirigidas a la iglesia de Filadelfia: «Vengo pronto; retén firme lo que tienes, para que nadie tome tu corona» (Apoc. 3:11). ¿Qué debían mantener firme esos creyentes (y, por tanto, también nosotros)? No es otra cosa que «mi Palabra» y «perseverado en mi Palabra», que ellos habían guardado, según el testimonio del propio Señor Jesús (v. 8). Es una gran bendición que permanece para nosotros, como repite el Señor al final de este libro: «¡Mirad que vengo pronto! Dichoso el que guarda las palabras de la profecía de este libro» (Apoc. 22:7).